

CAPITULO XV

FRAY JORDAN Y FRAY PEDRO GUERRERO.

1. Primeros años de Fr. Jordan.—2. Sus estudios y profesion religiosa.—
3. Su austera virtud.—4. Prodigios que se le atribuyen.—5. La Sierra de Oaxaca.—6. Los buscadores de oro.—7. Guerrero entre los mijes.—
8. Los apóstatas de la Sierra.—9. La salvilla sagrada.

1.—El estruendo de las armas habia cesado, cediendo el puesto á la tranquila predicacion del Evangelio. Su poder, sostenido por la Iglesia y por la autoridad del rey de España, se vigorizaba cada día más, así como se extendia su influencia entre los indios á quienes dispensaba inmensos beneficios. Solo encontraban oposicion sus humanitarios trabajos en algunos españoles, ciegos adoradores del oro. Podian ya contarse como conquistas del Evangelio las mixtecas, Tehuantepec y el valle de Oaxaca: quedaba una parte de la Sierra del Norte, reservada al celo apostólico de Fr. Jordan de Santa Catalina, de Fr. Pedro Guerrero y de otros excelentes religiosos dignos de inmortal memoria.

Fr. Jordan fué natural de Béjar del Castañar, cerca de Valladolid, hijo de padres humildes y pobres, de apellido Fuentecillas, labradores laboriosos, pero constantemente escasos de fortuna y reducidos en sus haberes al corto salario de los que se acomodan al trabajo de haciendas ajenas: en el bautismo recibió el nombre de Cristóbal. Muy niño perdió á sus progenitores: fué recogido por una anciana abue-

la suya que se procuraba el sustento mendigando el pan de puerta en puerta. No pudiendo por su pobreza pagar maestros, tampoco pudo aprender las primeras letras sino despues de algunos años. Lecciones orales de moral fueron las únicas que recibió en su infancia de los labios de su abuela, que para él no tenia sino mendrugos de pan negro de centeno y un fondo inagotable de caricias y de amor: hasta los ocho años, pues, sus ocupaciones fueron acompañar á la anciana en las faenas domésticas y rezar el rosario, sirviéndose de una cuerda con nudos para llevar la cuenta. En los dos años siguientes estuvo al servicio de un molinero, sin otro provecho que ganar la subsistencia propia y de su protectora anciana, ¹ cuya muerte tuvo que lamentar á poco. Libre por esta causa, Cristóbal se dirigió á Toledo, acomodándose con cierto sacerdote, vicario de monjas, á quien ofreció toda suerte de servicios á condicion de que le enseñase á leer: frustrado en su esperanza, pues si él cumplió religiosamente el contrato, nada sin embargo aprendió, se alejó del vicario, y en union de otro jóven, en busca de más propicia fortuna, marchó á Valladolid.

Habia en esta ciudad un vecino acaudalado y de regulares costumbres, á quien, sin vacilar un momento, se dirigió el jóven, sin más recomendacion que su propia humildad, la cual ciertamente nada tenia de afectada, pues era el resultado necesario de su pobreza. Pidió que lo sustentase y le enseñase las letras, y como lo queria se verificó: aquel vecino bondadoso lo recibió benignamente, lo vistió con sencillez y decencia y pagó maestro que le diese instruccion. Cuatro años empleó en los primeros estudios, esforzándose á la vez en no desmerecer la generosidad del buen señor. Cumplia los catorce de su edad cuando su protector, llevándolo á parte en que pudiese hablarle á solas, le hizo

¹ Conducia estiércol al jardin de unas monjas en un jumento llamado "Orejuela."

presente la obligacion de todos los hombres honrados de trabajar. Le dijo que sabiendo ya el jóven leer y escribir correctamente y teniendo adelantada su edad, parecia tiempo de que escogiese una industria propia con que por sí solo pudiese sustentarse, y que á este fin le ofrecia el socorro y favor que hasta entónces le habia dispensado.

Al oír este razonamiento, Cristóbal comprendió que la fortuna le volvía la espalda: se habia dejado halagar por bellas ilusiones: creia poder entrar algun día en el palacio de las ciencias; ahora veía disipadas sus esperanzas como un sueño. Se resignó sin embargo á su suerte y contestó protestando que seguiria el camino que su protector le demarcase. "Sin merecer, dijo, el puesto del último de los criados de esta casa, encontré en vd. un padre compasivo y generoso: por lo mismo, no tengo más voluntad que la de vd." Pero al pronunciar estas palabras con acento poco seguro, dejó ver en el semblante la viva contrariedad que en su interior experimentaba. El buen hidalgo, que todo lo advirtió, se apresuró á manifestarle, que no era su ánimo expelerlo de su casa ni retirarle su proteccion, sino atender á su futuro bienestar. "Los bienes de fortuna, le dijo, son tan necesarios á la vida humana como la instruccion y la virtud. La muerte me puede sobrecoger en cualquier momento y no quisiera yo verla llegar sin dejar á mi jóven protegido un modo honesto de vivir, patrimonio utilísimo y preferible cien veces al que se adquiere por herencia. Estos he creído, agregó, son los deseos de mi hijo Cristóbal; pero si fueren otros sus designios, puede manifestarlos con ingenuidad." Alentado el jóven, indicó que tenia voluntad de seguir la carrera de la Iglesia. El pensamiento fué bien acogido y Cristóbal comenzó el estudio de gramática latina y de retórica.

2.—En el curso de estos estudios tuvo lugar un episodio dramático que no juzgo ajeno de la historia referir.

Ciertos accidentes de la vida caracterizan cumplidamente á los hombres y aun á los pueblos. Entre la casa de su habitacion y el colegio á que concurría estaba de por medio un templo de religiosos dominicos, en el que por mañana y tarde, tomándolo al paso, entraba nuestro jóven para encomendarse á Dios y rezar el rosario que nunca omitia. Frequentaba la misma iglesia un señor principal de la ciudad, noble y bien acaudalado, quien con la costumbre de ver allí á Cristóbal le cobró afecto singular. Sin otro antecedente, lo llamó cierto día, y llevándolo á su casa, le expuso: que conocia su pobreza, el retiro y aislamiento en que vivia y sus tendencias al cultivo de las letras; le ofreció sus riquezas y su proteccion en todo su valor; le expresó el deseo de que siguiera la carrera del foro, pintándole con los más bellos colores los encantos de un porvenir seductor; le brindó con la mano de su propia hija, cuya vista le ofreció desde luego, y sin dar tiempo al jóven para que reflexionase, levantándose lo condujo á la casa en que habitaba la jóven en compañía de su madre. Acontecia esto en una tarde de invierno, en que por las lluvias recientes el suelo estaba húmedo y el lodo se adhería fuertemente al calzado. Cristóbal marchaba en silencio, luchando por dar algun orden á sus reflexiones, sin encontrar, sin embargo, una sola idea luminosa ni tomar una determinacion fija. Al entrar en la casa de la jóven, por las huellas impresas en el pavimento, se apercibió de que álguien habia penetrado primero en ella. Las huellas eran de lodo, marcaban la pisada de un hombre y no se interrumpian desde la puerta de la calle hasta la entrada del salon. En éste se manifestaban turbadas en extremo la jóven y su madre. Era evidente que otro las habia prevenido, y que ántes que el padre, la hija tenia escogido varon con quien convenir en las cláusulas de un matrimonio. Con Cristóbal no se volvió á tratar del asunto.

Pero aquella ilusion tan prontamente formada como deshecha, produjo una revolucion en el alma del jóven: fué

una importante lección de que se aprovechó toda la vida. Buscaba una idea luminosa, y en efecto, la luz se hizo esta vez en su espíritu. Comprendió cuán caprichoso es el mundo al dispensar sus favores y cuán mentidos y falsos son sus halagos, y sin perder un instante, obtenido el consentimiento de su protector, pidió el hábito de religioso dominico.

En el año de noviciado dió pruebas de santidad ejemplar. Su profesión, en que tomó el nombre de Jordan de Santa Catalina, no fué para él un sacrificio penoso. Estudió después filosofía y una parte de teología; y luego que se le presentó oportunidad, emprendió viaje á México. Vivía entonces en esta capital un religioso, Fr. Cristóbal de la Cruz, cuyas purísimas costumbres y penitencias extraordinarias le habían conciliado en el público un gran concepto de santidad; á éste escogió Jordan por maestro y director, trabándose entre ambos, en consecuencia, una de aquellas íntimas, sinceras y muy bellas relaciones de amistad que solo la religión engendra. Fr. Cristóbal enseñaba, y Fr. Jordan recogía y guardaba cuidadosamente en el corazón las palabras del maestro. El primero daba vuelo á los nobles sentimientos que fecunda y desarrolla con su calor suave el amor al prójimo; el segundo se juzgaba en el estrecho deber de imitar aquellas acciones generosas. Tan pronto como el discípulo exponía sus dudas ó las turbaciones de su espíritu, el sabio y caritativo maestro acudía con su luz, y con sus saludables consejos difundía la calma y el dulce bienestar en el alma de Jordan.

Un día preguntó éste: "¿Qué haré para aprovechar el tiempo en el servicio de Dios?" Contestó el Mentor: "Negarse á la propia voluntad, y estar sujeto á la de Dios." Otra vez que Jordan leía y meditaba en las Santas Escrituras, Cristóbal le dijo: "Ese libro es el mejor, y solo, basta; mas conviene leerlo con respeto y docilidad de corazón." En cierta ocasión, Jordan no acertaba con el nervio de un

razonamiento de Santo Tomás: el maestro le aconsejó que buscara en Dios la luz de la verdad y en la oración el sentido de los libros. Terminó en México sus estudios de teología: por el año de 1552 se ordenó de sacerdote, y poco después, por mandato de sus preladados, tomó el camino de Oaxaca.

3.—El Sr. Alburquerque lo trató con intimidad en esta última ciudad; conoció su talento y virtudes, el acierto y prudencia de su juicio y el gran fondo de santidad que poseía; y quiso aprovechar tan buenas cualidades nombrándolo maestro de novicios cuando fué electo provincial. Dos veces desempeñó Jordan á satisfacción de todos aquel delicado encargo.

Se tiene á Fr. Jordan como fundador en Oaxaca de la Orden á que perteneció; porque si bien Lucero fué quien zanjó los primeros fundamentos del convento en el orden material, Jordan en el orden moral comunicó á los suyos el espíritu que los hubiese de guiar en el curso de los siglos. No era su virtud sencilla, fácil, condescendiente y casi insensible á los demás como la del ilustre obispo de Génova, sino enérgica, vigorosa y extraordinaria como la de los Macarios y Stilitas. En él se veía matemáticamente cumplida la letra de las más menudas prescripciones de su regla: aún más; en él se veían sobrepasadas con exceso las severidades de la ley común. Cuanto los libros refieren de cruel y horroroso en las penitencias de los santos, Fr. Jordan lo ejecutaba en su persona. Tener momento á momento fijo y como enclavado en Dios el pensamiento, como San Luis Gonzaga, no era la más penosa de sus mortificaciones. Hacer cada día centenares de genuflexiones como alguno de los antiguos anacoretas; mantenerse meses y años sin comer cada día sino un mendrugo pequeñísimo de pan negro; pasar las noches insomne, empleando en la oración horas prolongadas; tener el cuerpo de continuo ceñido con

cilicios y cadenas; aplicarse cada noche dos ó tres veces sangrientas disciplinas, no pasaban en el santo varon de hechos vulgares, sin mérito, para que en ellos se fijase un instante la atencion.

Su mayor anhelo era comunicar á los demás su mismo vigor, encender en ellos el fuego que lo devoraba; y en obsequio de la verdad, es preciso confesar que no solo entre los novicios y religiosos, sino en toda la sociedad oaxaqueña, sembró y dejó establecida de un modo permanente la idea de esa virtud austera cuyo más poderoso resorte es el ayuno y la mortificacion. Aun no hace mucho se creia que para ser santo era necesario comenzar por dejar de ser hombre, convirtiéndose en un sér extraordinario inaccesible al trato social. Aun ahora, cuántos hay que ponen el nervio de la piedad en el retiro y la abstencion, obligando al hombre bueno á retraerse de la comunicacion y de toda actividad que no sea orar; que en lugar de ennoblecer el alma con hábitos laudables, dando vuelo al génio, empequeñecen el espíritu y oprimen el corazon con el insoportable peso de multiplicados y frívolos temores? Esto es un vicio, una corrupcion, una degeneracion del concepto que se tenia hace tres siglos de la virtud.

Por lo que hace á Fr. Jordan, sus acciones extraordinarias no podian ménos de imponer admiracion á los de su tiempo. Su talle era esbelto, su estatura elevada y su complexion robusta; sus maceraciones, sin embargo, habían adelgazado sus carnes, hundido sus mejillas y descolorido su semblante, de tal suerte, que al observar su cuerpo enjuto y tembloroso, su rostro demacrado, sus movimientos lentos y como acompasados y el aire de severidad de toda su persona, cualquiera en su presencia se sentia penetrado de veneracion y de temor. A esto se agregaba la noticia de ciertas maravillas realizadas á la influencia de sus oraciones. No les doy el nombre de milagros porque no los creo tales, ni la Iglesia los ha calificado, ni tengo más fun-

damento que la autoridad de Burgoa que los refiere. Cumple sin embargo al historiador contar no solamente los hechos indubitables, sino tambien las creencias, los juicios, las opiniones y hasta las preocupaciones y errores de los pueblos. Aun las reflexiones sobre virtud y piedad cristiana omitiria, si no quisiera caracterizar y dar á conocer tales cuales fueron á los personajes que animaron en otro tiempo á la sociedad oaxaqueña. No hablar de la piedad, tratando de un pueblo eminentemente piadoso, fuera un extravío en la historia. Me veré precisado, pues, muchas veces á repetir, segun la oportunidad, semejantes reflexiones.

4.—Durante el tiempo en que permaneció en la ciudad Fr. Jordan, sucedió que el cielo negase el beneficio de las lluvias por más de dos años continuados: por lo que, perdidas las sementeras, se dejaron sentir en Oaxaca los estragos de una cruel hambre, que no satisfecha con devorar á los pobres, penetraba amenazadora y terrible en la casa de los ricos. La sociedad entera gemia de pena, teniendo en cercana perspectiva la muerte y la desolacion del país. Los dos cabildos dispusieron una solemne rogativa, con procesion de sangre y otras penitencias públicas que aplacasen la ira del Altísimo é impetrasen sus misericordias. El sermón se encomendó á Fr. Jordan. A la hora conveniente, y en medio de un concurso innumerable, el orador se presentó, descubrió el rostro regularmente impassible y sereno, entónces contraído y demudado por las emociones que sentía; desplegó sus labios é hizo resonar en medio del auditorio, al mismo tiempo los ecos sonoros de su voz y los singultos de un llanto, provocado, segun decia, por los escándalos públicos que habían desenvainado los filos de la justicia divina. Enumeró los vicios envejecidos que corroian á la sociedad y clamó enérgicamente contra ellos. Se hubiera dicho que era Jonás predicando á los Ninivitas. En el auditorio entretanto, se dejó oír un sordo rumor que á po-

co se convirtió en confuso vocerío. El clamor y las lágrimas del pueblo se levantaron imponentes ahogando con su estruendo la voz del orador, que tuvo que suspender sus palabras haciendo una breve pausa. Cuando cesó el ruido, Fr. Jordan consoló al pueblo, diciendo que Dios, compadecido, enviaría las lluvias y que ya no se carecería en lo sucesivo de los frutos de la tierra. Acontecía esto en los momentos en que el cielo entoldado con negras nubes, comenzaba á distribuir por el suelo reseco gruesas gotas de agua, que pronto se convirtieron en aguacero tan copioso, que no pudo retirarse del templo el auditorio, hasta despues del medio día. Como es claro, el mal desapareció y el remedio se atribuyó á Fr. Jordan.

Semejantes á éste se referían de él otras cosas admirables. Reprendiendo á un novicio, le dijo estas proféticas palabras: "Lo que me lastima el corazón es que vuestro natural os ha de traer á tan miserable ruina, que morireis desastadamente y sin ese santo hábito." Aquel novicio, en efecto, consagrado sacerdote y siendo ya ministro antiguo de indios, tuvo vicisitudes de suma gravedad que obligaron á sus prelados á despojarlo del hábito regular, muriendo poco despues con fama de costumbres estragadas, al combatir con otros soldados á los chichimecas.

A otro religioso austero y grave, venerado de todos como un santo, Fr. Juan de Osa, hizo anuncio semejante, expresándole que si no reprimía su amor propio, corría inminente peligro de morir sin el trage de su profesion. Y aunque estas palabras fueron desaprobadas por entónces, el éxito comprobó su exactitud.

Miéntas Fr. Jordan recorría los pueblos de la sierra ocupado asíduamente en instruir á los indios en la fé católica, se padeció una fuerte carestía de semillas por falta de agua. En este estado se le presentó el cacique de Temascalapa, hombre osado y muy despierto, hablándole en estos términos: "Padre Jordan: ¿qué Dios nos has dado tan sin prove-

cho y sin socorro á nuestras necesidades? Muchas veces le hemos representado ya esta gran seca que padecemos, significándole los trabajos que nos esperan y advirtiéndole que por tí hemos arrojado á nuestros antiguos dioses, con quienes teníamos costumbre de recibir lluvia del cielo al punto que la pedíamos. Ahora, pues, si tú no alcanzas de este tu Dios agua del cielo y remedio de este grave mal, para que el pueblo no perezca, nos veremos obligados á dejar el nuevo Dios que nos diste, tornando á nuestras antiguas divinidades que nos entienden y conocen." Al oír tal razonamiento, Fr. Jordan derramó algunas lágrimas, sin duda por la falta de fé de aquellos neófitos: se volvió luego al cacique, reprendiéndole la facilidad con que tornaba á sus errores, á pesar de tanta doctrina y predicacion de la verdad de un solo Dios, autor de todas las criaturas, Señor de las aguas y lluvias y Padre de los hombres á quienes socorre en sus necesidades, negando á veces temporalmente su socorro para probar su fé, pero en quien en todas ocasiones, prósperas ó adversas, debería tenerse una confianza sin límites; le advirtió que recogiese las blasfemias que había pronunciado y que pidiese á Dios perdón de ellas, si no quería recibir un severo castigo del cielo; y dejándolo, en seguida entró en el templo y se postró ante el altar. Su oracion fué tan angustiosa, que los indios que asistían en el cuerpo de la iglesia, lo veían con turbacion y sobresalto temiéndole que les trajese un gran castigo de lo alto. Pidió las lluvias al Dispensador de todos los bienes con tan extraordinaria fatiga, que regó el pavimento de sudor, como si en él se hubiese vertido considerable cantidad de agua. Se levantó tranquilo, celebró el sacrificio de la misa y predicó prometiendo un pronto remedio á las necesidades públicas. En efecto, se desprendieron del cielo torrentes de agua que no dieron lugar á los indios para salir del templo y retirarse á sus casas.

Estos y otros hechos semejantes, que se contaban, per-